

2017, con esperanza, sin miedo

Se va el 2016, que en lo económico ha sido un año que ha pasado sin grandes sobresaltos, ni para bien, ni para mal. Sin pena, ni gloria. Ni fu, ni fa. En las redes sociales suelo echar en falta ese botón ("Me gusta + No me gusta")

Ni las sorpresas del Brexit o Trump han desestabilizado la economía global, ni los factores de riesgo de la economía China han ido más allá de algún titular agorero, ni el Deutsch Bank ha acabado por cumplir su amenaza latente de "default".

La economía ha crecido poco, pero ha crecido. Y las estimaciones que decían que el 2017 crecería a ritmo todavía más lento se han ido animando y ahora nos dicen que, al menos en el inicio del año, las cosas no pintan mal y lo mismo seguimos creciendo a un ritmo parecido al del año anterior. Lo cual, visto en la perspectiva de la última década, son buenas noticias.

También nos dicen que las amenazas que pueden hacer descarrilar el tren de la economía global siguen ahí (China, Deutsche Bank, lo que Trump haga o deje de hacer, las nuevas elecciones en Europa...). Cada vez más, estas historias nos empieza a sonar a lo del pastor mentiroso y el famoso "que viene el lobo..."

Las empresas y las personas hemos ido ajustando expectativas, y también hemos aprendido a no fiarnos de los optimistas, ni de los pesimistas. Parece que se nos va pasando el gran susto de la crisis global, y la gran decepción tras los brotes verdes, y ahora vamos aprendiendo a vivir bajo el lema de la renacentista Isabella d'Este "Nec spe, nec metu" (Sin esperanza, ni miedo). Nos hemos puesto el chubasquero y salimos a trabajar bajo este sirimiri de incertidumbre que va llenando de grises el paisaje, mientras se nos van olvidando los cielos azules...

Aunque desde siempre he sabido que el miedo es mal consejero, me cuesta resignarme a vivir sin esperanza. A pensar en el futuro como un lugar del que solo podemos esperar oscuridad y fieras agazapadas, acechando para poder devorarnos. Es como volver a las cavernas y mantener el fuego encendido cada noche, esperando solo a que llegue un nuevo día donde poder sobrevivir.

No es ese miedo lo que nos hace humanos (aunque nos mantenga vivos), sino el coger una antorcha, adentrarnos en el interior de nuestra cueva, y allí pintar en la pared escenas en las que la caza es abundante, invocando la llegada de un futuro de prosperidad.

Así que entre los propósitos del nuevo año, es bueno que volvamos a incluir el de soñar un futuro diferente y mejor. Ya lo decía Antón Pradera en la Noche de la Empresa Vasca: la condición básica para construir los sueños, es atrevernos a tenerlos primero.

Si somos capaces de soñar, y somos capaces de contagiar a las personas que van con nosotros ese sueño compartido, el futuro vendrá por ese camino.

¿Y con qué podemos soñar en este año 2017 que llega tan anodino? Esto de soñar es bastante personal, pero yo te puedo contar con qué creo que soñaré yo para alimentar mi esperanza.

Una parte de mis sueños tienen que ver con el nuevo conocimiento que estamos siendo capaces de liberar. En 2016 se ha confirmado la existencia de las ondas gravitacionales, una

nueva puerta de la física moderna que nos conducirá a mundos insospechados. Los avances en neurociencias y en inteligencia artificial seguirán abriendo también nuevas puertas en las que podremos descargarnos de muchas tareas que ahora nos aburren y agobian, y podremos dedicar más tiempo a vivir (todo un reto...). Todo ese conocimiento nos traerá muchas cosas buenas, abrirá la puerta a nuevas actividades, a nuevas empresas...

Otra parte tiene que ver con la reducción de las desigualdades. Vamos despacio en esto de construir un mundo en el que se acaben las diferencias entre los seres humanos (y en algunos lugares y tiempos, vamos hacia atrás). Pero tenemos, hoy más que nunca, todas las herramientas para que los Derechos Humanos sean auténticamente universales, y si hacemos de este objetivo un sueño del conjunto de la sociedad, lo conseguiremos.

Son sueños grandes, que sirven para alimentar sueños más pequeños, más domésticos, en los que aterrizar esas intuiciones de un mundo mejor que está llegando.

Entender qué parte del nuevo conocimiento puede hacer mejores a nuestras empresas, a nuestras universidades, a nuestros centros de investigación y centros tecnológicos. Ser capaces de atraer ese talento, y hacerlo fructificar aquí... Ser capaces de reinventarnos para atrapar esas oportunidades que llegan.

Entender también como desde nuestras organizaciones podemos ayudar a hacer avanzar los Objetivos de Desarrollo Sostenible. Ya me has leído alguna vez el tema de los ODSs, y el papel fundamental de la empresa en ellos, me leerás algo más este nuevo año...

Son dos pistas fáciles de dar, ahora te queda a ti la tarea de aterrizarlas todavía más (nada fácil, pero quién dijo que soñar lo fuera). Y sobre todo recuerda, no hay que tener miedo al 2017, pero sobre todo, lo más importante, es que nos encuentre cargados de esperanza.